









ATENEO DE MADRID



IDEAS DE LOS ANTIGUOS

SOBRE LAS

TIERRAS ATLÁNTICAS

CONFERENCIA

DE

D. EDUARDO SAAVEDRA

pronunciada el día 17 de Febrero de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, núm. 20

1892



Señoras y señores:

Cuando Ocba ben Nafe, el afamado conquistador de África, llegó con sus aguerridas huestes á la costa occidental de la Mauritania, dicen que metiendo hasta la cincha el caballo en las revueltas olas del Atlántico, blandió su espada, y puso á Dios por testigo de que si no llevaba más adelante el estandarte de Mahoma, era porque ya se había acabado la tierra y nada más quedaba por conquistar. La jactancia del fanático caudillo presenta á lo vivo la persistencia con que en todos tiempos ha tenido la humanidad fija la vista en el Occidente; término constante de sus aspiraciones, campo de repetidas empresas, en cuyo camino encontrábase como barrera insuperable la pavorosa inmensidad del desierto de agua. La tradición de aquella estatua que, ya en Cádiz, ya en las Canarias, ya en las Azores, marcaba con el brazo tendido el rumbo del Ocaso, y fué figurada al fin en los mapas como cosa vista é indudable, significaba el afán con que de unas en otras edades se transmitía el convencimiento de que algo existía más allá del horizonte, algo que era preciso buscar y que prometía ricos tesoros en premio al arrojo y á la fortuna de quien lo encontrara. Y poética expresión de esa tendencia á marchar hacia lo desconocido son aquellos celebrados versos de la *Medea* de Séneca, en los cuales anuncia que en tiempos lejanos no será Tule la última de las tierras que visiten los hombres civilizados.

Crédulos por hábito y temperamento, los antiguos se complacieron en llenar el no visitado Océano de islas y tierras, sin más realidad ni fundamento que tradiciones mal entendidas, vestidas y abultadas con fácil fantasía, y en tiempos modernos resucitadas para forjar un remoto conocimiento de las playas americanas, cuya existencia no habían ni sospechado los sabios de la antigüedad ni de la Edad Media.

Los puntos principales, alrededor de los que se pueden concentrar esas ideas que sobre el conocimiento de América se suponen antes de su verdadero, glorioso y único descubrimiento, son dos: uno la Atlántida de los griegos, y otro la isla maravillosa de las leyendas de la Edad Media.

Dirigiéndome á personas de tanta cultura como los socios del Ateneo, muy poco me habré de detener para traer á vuestra memoria la conocida relación que de la famosa Atlántida ha divulgado el filósofo de la Academia. Según sus palabras, más allá de las columnas de Hércules había cierta isla de extensión tan considerable como un gran continente, habitada por una nación llamada de los atlantes, cuyos diez reyes, coligados en estrecha alianza, se apoderaron de parte de Europa y de toda la Libia, y fueron al cabo deshechos en choque formidable por los primitivos atenienses. Eran los atlantes gente que había alcanzado ilustración elevada, dominaban en varias islas vecinas á sus costas y hacían viajes marítimos á otro continente frontero de su tierra. Sus leyes y costumbres ofrecían modelo de organización política y de virtudes sociales; pero hacia los tiempos de su gran derrota cayeron en corrupción lamentable, y la cólera de los dioses, en tremendo cataclismo, hundió por siempre la desventurada Atlántida en el seno de los mares, cuya superficie se llenó de un lodo tan espeso, que fué ya imposible navegar después por aquellos parajes. Los geógrafos más antiguos aceptaron sin oposición ni duda la existencia y subsiguiente desaparición de la isla; pero los neoplatónicos empezaron por dudar, después negaron la veracidad histórica del relato, y ya se puede decir que estaba relegado al olvido, cuando el descubrimiento de América primero, y los adelantos de la geología y la hidrografía en la actualidad, han vuelto á poner la cuestión sobre el tapete. Salen cada día nuevas hipótesis para ex-

plicar histórica y científicamente la narración platónica, casi todas más ó menos encaminadas á suponer en los antiguos una reminiscencia de tierras, cuyos habitantes pudieron haberse comunicado con los americanos, si no eran los americanos mismos, resolviendo al paso los más obscuros problemas de la etnografía del Nuevo Mundo.

Para hacer oportuna crítica de tan diversos sistemas, conviene traer á la memoria cómo Platón ingirió en sus obras la tan sucinta como portentosa historia de los atlantes. Á continuación de sus famosos libros de la República, destinados á exponer el plan para organizar un Estado con toda la perfec ción social por él imaginada, el filósofo griego compuso algunos diálogos, comentarios de aquellas mismas ideas y desarrollo de otras más ó menos conexas con ellas. En dos de esos diálogos, un interlocutor, llamado Cricias, refiere cómo un ascendiente suyo había oído de labios de Solón lo que este sabio aprendiera en Egipto, de cierto sacerdote de Sais, acerca del contenido de los libros históricos conservados en un templo de dicha ciudad. El fondo del relato, consignado y desenvuelto por el célebre legislador en un poema ya perdido entonces, va dirigido á demostrar que nueve mil años antes de aquel tiempo, la nación ateniense estaba organizada poco más ó menos sobre el plan de los referidos libros de la República, siendo consecuencia inmediata de las virtudes cívicas propias de tal Estado, que el territorio de la ciudad fuera dilatadísimo y sus triunfos militares estupendos. Por otra parte, parecidas circunstancias habían producido análogos efectos en la venturosa Atlántida; pero en una y otra parte la corrupción de costumbres atrajo el condigno castigo del cielo, y mientras la Atlántida desaparecía en un terremoto, grandes inundaciones asolaron los llanos de la Grecia, no quedando más que rudos pastores y rústicos montañeses, olvidados de las hazañas y las instituciones de sus mayores. Únicamente en los libros venerandos de los egipcios encontraron refugio tales memorias, y el sacerdote de Sais pudo así decir con razón que los griegos eran siempre niños, porque no conservaban aquellos recuerdos de hechos pasados que dan á los pueblos el sello de la edad provecta.

Conduce todo esto á demostrar que el intento de Platón al

hablar de la Atlántida no fué otro que buscar apoyo tradicional al sistema político que, como nuevo, había de ser recibido con poco aprecio por sus conciudadanos. Metido en esa vía, no es de extrañar que fantaseara imperios, naciones, guerras y cataclismos, pues no escribía historia, sino pura filosofía política. Pero ¿es todo ficción lo hablado por Cricias, ó es un cuadro de atractivos colores, pintado con figuras de alguna realidad efectiva? Yo creo que sin dificultad se puede asentir á la existencia de una gran nación occidental, constituída en fuerte liga, que dominó gran parte de Europa y África, que conocía el arte de la navegación y que vino á estrellarse como hinchada ola contra la firmeza de las naciones de Oriente. Tampoco encuentro reparo en admitir la coincidencia de este inmenso desastre político con uno de esos movimientos de la corteza terrestre que llenan de luto y desolación á extensas comarcas; ni la existencia de más ó menos dilatadas tierras que el Atlántico oculta hoy bajo sus aguas; en una palabra, no me niego á admitir que los datos principales se deben estimar por ciertos; pero la trama tiene mucho de tergiversado y de fantástico, y es necesario analizar y fijar con oportuna separación sus diversos elementos.

Nuestro Francisco López de Gómara fué el primero en suponer que al hablar de la Atlántida, Platón quiso aludir al continente americano, hipótesis destituída de todo fundamento, pues no es posible creer que siglos antes de que las poderosas escuadras de los fenicios no se atrevieran á navegar apartadas de las aguas costaneras, mantuvieran los aborígenes de América relaciones comerciales, bélicas y políticas con los pueblos del mundo antiguo. Y aun dando todo ello por bueno y admisible, no cabe olvidar que si la tan dilatada isla se hundió repentinamente bajo las aguas con todos sus habitantes, era de todo punto imposible identificarla con la tierra que envía á las nubes las cimas de los Andes. Respetemos tan cándidos errores, inspirados en la vieja manía de hallar escrito y consignado en los antiguos cuanto por el campo del saber conquistaban los modernos, y concluyamos que la identificación de la América con la Atlántida no puede tener hoy, ni se comprende que haya podido tener nunca fundamento histórico ni científico. Si esto es verdad, si he logrado convenceros de que ni en Platón ni en

ningún escritor antiguo hubo la menor idea de figurar el continente americano en la Atlántida, bien pudiéramos dar por terminada la conferencia. Siendo su objeto definir los conocimientos que los antiguos tenían de las tierras occidentales, y como principal entre todos las conexiones directas entre la Atlántida y América, la conclusión negativa á que hemos llegado me excusaría de hablar más de la materia, y tal vez esto sería lo mejor en vuestro beneficio y el mío; pero hoy la cuestión se presenta bajo nueva fase, la de las relaciones indirectas de América y Europa ó África por medio de la Atlántida, y no podemos separarnos sin someter á nuevo examen esas relaciones entre europeos y americanos, que han parecido innegables á muchos escritores eminentes. De esta base, habida cuenta de la dificultad que antes he apuntado, han surgido las nuevas teorías que, procurando abarcar todos los pormenores de las peroraciones de Cricias, buscan apoyo en el más exacto conocimiento que hoy poseemos acerca de la historia de la Tierra y de las profundidades del mar.

Entiende el Sr. Gaffarel que las Antillas, las Canarias y las Azores son los vértices de una inmensa isla triangular, que muy pasado el período terciario se hundió bajo las aguas á consecuencia de las contracciones de la corteza terrestre, dejando aquellos testigos de su existencia, y en el humeante pico de Tenerife huella de la tremenda sacudida volcánica que acompañó tan colosal trastorno. Con esa especie de barrera á través del Atlántico, es muy fácil explicar cómo los americanos llegaron en simples canoas á la grande isla y pasaron después de allí al África y España; comunicación que se encuentra comprobada por semejanzas de lenguajes, razas, ritos y monumentos. Yo empiezo por no aceptar tales analogías, y menos que ninguna la que como principal se alega, cual es la de muchas lenguas americanas con el vascuence, tenido por la primitiva española. Cierto es que todas ellas pertenecen al género de las aglutinantes, pero eso no implica parentesco, sino identidad de procedimiento psicológico para producir la palabra, lo cual nace de la identidad de facultades intelectuales en todos los hombres, pero de ninguna manera da indicio de afinidad inmediata; para lo cual es indispensable que haya raíces comunes, y

á la verdad no se ve una sola en ninguno de los lenguajes aducidos. Lo mismo podemos decir de los monumentos: la antigüedad primitiva tuvo en varias partes iguales necesidades, análogos medios de satisfacerlas, y la misma fuerza intelectiva para vencer las dificultades que opone la naturaleza, y por eso no es maravilla que se parezcan en rasgos generales las obras de pueblos que nunca se vieron ni se conocieron. Ni cierta comunidad de formas en la fauna y la flora implica la necesidad de una comunicación atlántica entre ambos continentes: la dan muy adecuada el Estrecho de Behring, el cordón de las islas Aleucias y el enjambre innumerable de la Micronesia.

Mas aun dando por buenas tales y tan vagas semejanzas, falta exactitud al hecho material alegado en pro de esta hipótesis, cual es la existencia de una especie de llanura extensa á moderada profundidad, entre los grupos de islas mencionados, señalada como la superficie de la tierra hundida en la pavorosa oscilación que sembró la muerte en la Atlántida. Las inmensas profundidades de hasta 6000 metros, que surcan el fondo del Océano á través del área comprendida entre los tres archipiélagos, destruye el argumento, y si no se opone en absoluto á que esa tierra haya existido, sufriendo después tan horrible trastorno, tampoco se opone á que pudiera estar con igual ó mejor motivo en cualquier otro punto de la redondez de la tierra, donde falten, como aquí, mesetas submarinas continuas.

Por eso, al exponer estas mismas objeciones el distinguido marino D. Pedro de Novo y Colson, pero atenido á los supuestos indicios de pasadas intercomunicaciones con que se autoriza su antecesor, limita la Atlántida al grupo de las Azores, cuya base se halla á mediana profundidad de la superficie del agua, y supone que la admitida inmigración de americanos hacia Oriente se debe, por accidente casual, á la gran corriente del golfo, uno de cuyos brazos viene á lamer la costa de África. No hay dificultad en que la famosa corriente llevara, como dice el Sr. Novo, lejos de las costas nativas á unas cuantas canoas de indígenas, pero sí en que coincidiera este contratiempo con la circunstancia de llevar víveres suficientes para tan larga é inesperada travesía, y la de componerse la tripulación de familias enteras bastantes para procrear una gran colonia, con la no me-

nos fortuita de arribar allí todos ó casi todos los barquichuelos sin descomponerse el improvisado convoy. Demos, sin embargo, todo esto por fácil y llano: queda contra la hipótesis la fundada objeción opuesta por el ilustrado Catedrático D. Salvador Calderón y Arana, para quién las islas del Atlántico, lejos de ser residuos de continentes desaparecidos, son más propiamente jalones de continentes que comienzan á formarse.

Cualquiera que fuese la situación del que se debate, no le pareció bastante un terremoto al Sr. Wilkins para tragarlo en el espacio de un día y de una noche, y entiende ser más natural que por causas desconocidas, las ondas del Pacífico, levantadas á inmensa altura y con increíble empuje hacia Oriente, saltaran por encima de los Andes de la América central, y vinieran á esparcirse sobre el gran desierto africano, barriendo al paso la Atlántida, cuyos materiales desmenuzados quedaron diseminados por la superficie del Sáhara.

Si como muestra de las aberraciones sin fin que pueblan la literatura atlantídea, he citado tan singular diluvio, no ha sido con más objeto que el de oponer á la extravagante teoría la brillantemente sostenida por nuestro ilustre consocio el ingeniero de Minas D. Federico de Botella en una Memoria publicada en 1884. El Sr. Botella observa que desde Aveiro, en la costa de Portugal, hasta Avilés, en la de Asturias, hay un cordón de terrenos primitivos que no han sido nunca sumergidos en aguas de ninguna clase, ni saladas ni dulces, y examinando las condiciones geológicas de la parte interior de España, así como las que corresponden á la parte exterior, cubierta por el mar, deduce que hubo en cierto tiempo una gran tierra fuera de las aguas en dirección del NO., sumergida después de la aparición de la raza humana hacia la mitad de la época cuaternaria. Si existió, aunque con mucha menor extensión que el Sr. Botella le concede, un terreno al Occidente que ha estado rodeado de aguas, habitado por los hombres y sumergido, aunque no sea en una noche, lícito nos será aceptar, si no la certidumbre, una fuerte probabilidad de que esta tierra haya sido la Atlántida; y mientras no se encuentre otro terreno habitado por el hombre en el período cuaternario, que se haya sumergido bajo las aguas de Occidente, no aventajará á esta hipótesis otra alguna, como no

sea la de abandonar en absoluto toda tentativa de nuevas identificaciones.

Muéveme á no tomar desde luego este último partido la consideración de que independientemente de las noticias corrientes y conocidas sobre la Atlántida, la hipótesis del Sr. Botella tiene confirmación en los escritos de la antigüedad. Al mismo tiempo, poco más ó menos, que Platón, otro escritor griego, Teopompo de Quío, habló de cierta tierra llamada Merópida, más allá de las Columnas de Hércules, que se sumergió en remotas edades bajo las aguas; pero sin decir nada de los imperios y de las victorias de que fué adornado el poema de la Atlántida. Según ese orador, poblaban la isla animales de extraordinaria corpulencia, cuya caza, para alimentarse con ellos, ocupaba á hombres valentísimos, que no morían nunca de arma blanca, sino siempre por herida de piedra ó golpe de maza, pues no conocían el uso del hierro; pero sí disfrutaban en abundancia del oro y la plata. Al leer la narración de Teopompo parece, señores, que quienes se la dictaron habían visitado una isla cuaternaria con sus grandes mamíferos, con sus hombres armados de hachas de piedra y mazas de madera, forjadores del oro y la plata y desconocedores del hierro y del bronce. Las familias salvadas del naufragio de la grande isla y las de las tierras inmediatas que lo presenciaron, transmitieron, á mi ver, la memoria del suceso de padres á hijos, de tribu á tribu, de nación á nación; y así llegó á oídos de los sacerdotes egipcios, y tal vez por algún otro conducto á noticia de los rapsodas atenienses, quedando fundada una tradición mítica cuyo sólido cimiento pone al descubierto la ciencia moderna.

Eslabón de esa cadena son las primitivas relaciones recogidas de los druidas de las Galias, quienes al dar conocimiento de las diferentes procedencias atribuidas á la población de aquel país, afirmaban que de una isla próxima, hundida bajo las aguas, se habían salvado unos pocos hombres muy rudos, cuyo refugio fué la tierra de los celtas. Esto conviene tan perfectamente, no sólo al hundimiento de una tierra de la época cuaternaria, poblada de hombres que pudieron transmitir su historia, sino á que estuviera dicha tierra cerca de las Galias, que es apoyo de gran valía para la hipótesis del Sr. Botella, la cual acepto, aunque con

limitaciones, como la más verosímil. ¿Pero convienen á esta Atlántida todos los datos históricos recogidos por Platón? De ningún modo. ¿Cómo es posible suponer á aquellos habitantes, rudos fabricadores de hachas de piedra y anillos de hueso, que luchaban por la vida cazando elefantes y osos de las cavernas, con escuadras y ejércitos capaces de medirse nada menos que con los Faraones de las grandes dinastías, cuyos monumentos admiramos aun en las regiones del Nilo? ¿Ni cómo hacer coincidir dos civilizaciones tan apartadas en el tiempo como las de la época paleolítica y la del gran imperio egipcio?

Todos los que conocen algo de la historia de la Tierra, saben perfectamente que desde los tiempos históricos no ha habido movimientos que acusen la desaparición de ningún territorio de tres á cuatro mil leguas cuadradas de superficie, y por eso, aun cuando los fenómenos naturales, cuya descripción he hecho, pudieran haber sucedido á vista del hombre, no ciertamente dentro de aquel período que se señala para el resto de los acontecimientos presentados por el gran filósofo con el admirable vigor de su estilo.

Á la verdad, el recuerdo de la isla sumergida bajo las ondas del Atlántico, conservado por la tradición oral, consignado después en los papiros, y embellecido al fin por la poesía clásica, lleva nuestra imaginación á los tiempos primitivos de la población de Europa, es lazo de unión entre la Historia y la Protohistoria, que no tiene ya razón para figurar en cuadro aparte, y abre al campo de los estudios propiamente históricos un horizonte vastísimo, de la misma manera como el telescopio penetra en las profundidades del cielo para resolver en grupos de brillantísimos soles la confusa masa de las nebulosas. Pero es indispensable hacer una separación radical entre la isla y las naciones cuyo nombre se le ha adjudicado, entre la Atlántida y los atlantes, entre las tierras y gentes que ya no existen, y las tierras que existen todavía con los descendientes de las tribus que en tiempos remotos las poblaron.

El Sr. Berlioux, profesor de Geografía histórica en Marsella, inspirado en un pensamiento parecido, sostiene que los atlantes no son otros que los primitivos libios, habitantes de lo que es hoy imperio de Marruecos, y yo me encuentro completamente

conforme con esta explicacion, aceptada también por nuestro erudito consocio D. Francisco Fernández y González, en un libro que ha empezado á publicar. Para comprender la razón que asiste á esta explicación, téngase presente que los primitivos egipcios, poco conocedores de lo que había más allá del desierto de Ammón, antes de que fenicios y griegos exploraran toda la extensión del Mediterráneo, suponían que la gran escotadura de la costa, llamada Golfo de las Sirtes, se prolongaba al S. hasta tocar en el Océano meridional, que coloca al norte del Ecuador, á la altura del Golfo de Guinea, el afamado viaje, genuino ó àpócrifo, de Hannón el cartaginés.

También para los griegos de los tiempos homéricos, en que tan obscura estaba la geografía, el África era una isla; y el mismo Teopompo, en la Merópida, dice: «Europa es una isla, otra es Asia, y África otra.» Tal error geográfico se arraigó con pertinacia por la popularidad que gozaba el famoso viaje de los argonautas. Robado el vellocino, Jasón y sus compañeros encontraron tomado el paso del Helesponto por sus enemigos, y acordaron volverse á Grecia buscando salida del Ponto Euxino por el Phasis, que Homero tuvo por un canal de comunicación con el mar Eritreo. Para pasar de allí al Mediterráneo, se dijo primero que habían atravesado el África en doce días, llevando la nave á hombros; pero pronto pareció esto demasiado inverosímil, y un geógrafo tan respetable como Hecateo de Mileto no vaciló en dar solución á la dificultad, afirmando que el Nilo era también un canal ó brazo de mar que daba comunicación al mar del Sur con el Mediterráneo, dejando al África entera aislada del resto del mundo. Fácil era, por tanto, que los antiguos aplicaran los confusos recuerdos de la verdadera isla sumergida á esta otra falsa isla africana, habitada por naciones civilizadas desde tiempos remotísimos. Recuérdese, por otra parte, que el horizonte geográfico de los griegos del tiempo de Homero no se extendía sino hasta el Estrecho de Mesina, límite de sus navegaciones, temible salida al mar tenebroso: allí estaban las sirenas, allí los escollos de Escila y Caribdis, allí todas las dificultades que significaban simbólicamente la temeridad de pasar adelante.

Por esto las columnas de Hércules, imagen del término de

las navegaciones posibles, se estimaron un tiempo colocadas en ese estrecho, y la Libia resultó así, en las leyendas, una isla enfrente de un estrecho, poblada de gentes, llamadas atlantes, y gobernada primitivamente por un rey, cuyo nombre conserva la triple cordillera que es el espinazo del África Septentrional, y forma el núcleo de su orografía. La cima del Atlas, al sur de Marruecos, la dominante de todo aquel pais, es precisamente el sitio donde hay señales evidentes de habitación humana en tiempo inmemorial, y Herodoto fija asiento á los atlantes en las faldas de uno y otro lado de aquellas montañas. Sentado esto, la tierra continental frontera á los atlantes no era América, como supone Berlioux, sino España y lo que le sigue de Europa, y la gran confederación de los reyes atlánticos es una de tantas como registra la historia entre los bereberes contra cartagineses, romanos y árabes, merced á las cuales llegaron alguna vez, como en tiempo de los almohades, á fundar un imperio que abarcaba toda el África Septentrional hasta más allá de Cartago y más de la mitad de España. De igual manera pudieron los libios ocupar en tiempos desconocidos toda el África al norte del Sáhara, hasta el desierto de Barca, y toda España con parte de las Galias, hasta tocar en los Alpes, y de ahí que dijera Platón ser del dominio de los atlantes toda la Libia hasta los confines de Egipto, y lo que hay de Europa desde las columnas de Hércules hasta el mar de Tirrenia, lo cual excede poco á lo que sojuzgó la misma raza en el siglo XII de nuestra Era.

No nueve mil años, pero sí novecientos antes de Solón, los anales egipcios nos dan noticia de la gran invasión que los libios, auxiliados por los pueblos de la Europa mediterránea, efectuaron en el Delta del Nilo, casi en los términos que Platón emplea. Los monumentos de Egipto han dado á conocer con todo detalle las guerras que entre los siglos XVI y XIV antes de Jesucristo, sostuvieron los egipcios con las tribus libias, confederadas con los tirrenos, habitantes de Italia; los sardanos, habitantes de Cerdeña, y otra porción de tribus ó naciones de Europa coligadas, que fueron á dar batalla contra el imperio faraónico. ¿Quiénes estaban al lado de los reyes de Egipto? No tenían otro apoyo que los atenienses, que, como

mercenarios, les prestaban el servicio marítimo militar; pero no eran esos atenienses los helenos progenitores de la nación más culta de la antigua Grecia, sino los fenicios, que se habian apoderado de todas las islas del mar Egeo, tenian establecimiento propio en Atenas, y al Pireo como punto de partida para las excursiones de sus escuadras. Mientras los ejércitos del Faraón de Tebas combatían por tierra, los fenicios, acantonados en Atenas, hicieron por mar la guerra á las naciones aliadas, y contribuyeron á rechazarlas definitivamente al fondo de sus guaridas, con la victoria señalada que se conmemoró en los versos atribuidos á Solón. Los monumentos egipcios conservan en los extensos paños de sus muros memoria de las campañas que libraron al país de tan terribles huéspedes, explicadas minuciosamente con el bajo relieve y el jeroglífico, y allí están los libios dibujados como hombres de ojos azules y cabellos rubios; tipos cuyos restos se encuentran todavía diseminados en varios puntos de África.

Dos razas distintas, la una rubia y la otra morena, poblaban en tiempos primitivos estas regiones, y á consecuencia de una gran guerra, los getulos ó bereberos del país interior, que eran morenos, arrojaron á los libios, que eran rubios, al extremo Occidente, y este cataclismo político puede explicar la definitiva destrucción del poder de la gran confederación, ruina que fué significada por una catástrofe geológica.

Resulta de todo históricamente demostrado que una gran irrupción de gentes de las costas de la Libia, aliadas con las de Europa, vino á estrellarse contra el poder del imperio de Egipto, y con verosímil conjetura se puede admitir que por mar fueron los habitantes de Atenas, no atenienses, sino fenicios, quienes hicieron la campaña gloriosísima de que habló el sacerdote de Sais.

Si dijo luego ese sacerdote que los atenienses habían sido siempre afectos á los egipcios, es porque los helenos, que ocuparon después el territorio de Atenas, enviaron tropas mercenarias, con cuyo auxilio Psamético se había apoderado del trono, y en Sais, domicilio de los soberanos de su dinastía aun reinante en tiempo de Solón, los sacerdotes debían ser por eso muy afectos á los griegos, complaciéndose en enlazar estas afec-

ciones con el supuesto auxilio que su país había recibido de sus armas, y otras analogías de índole mitológica.

Si os ha sido posible seguir el hilo de mi peroración desaliñada, habréis comprendido que mi conclusión respecto al tema que tanto ha fatigado á los eruditos antiguos y modernos, es que todo ó casi todo lo relativo á la Atlántida resulta exacto y comprobado, siempre que se divida en dos conceptos distintos é independientes entre sí: la isla atlántica, desaparecida bajo las aguas, y la guerra que las naciones occidentales confederadas llevaron al Oriente de Europa y África. La isla es la tierra del NO. de España, sumergida en los tiempos prehistóricos; la guerra es la que los monumentos de Egipto han puesto al vivo ante nuestros ojos después de cuarenta y cuatro siglos. Todo ello vivía más ó menos confuso en la memoria del pueblo, y el filósofo de Megara, en vez de colocar, como Tomás Moro, su república ideal en una *utopia*, ó sea «lugar no existente», buscó para asentarla sitio adecuado, echando mano de recuerdos medio míticos, medio tradicionales. Fundiendo en una sola las historias de la tierra desaparecida y de las naciones occidentales casi olvidadas, compuso y fabricó un substrato con bastantes visos de solidez para recibir con aparente firmeza el parto de sus ensueños políticos.

Si este sistema arraiga, si esta explicación se acepta y corre, el cuadro de la historia positiva se ensancha prodigiosamente; pueblos y razas que se creían de ayer se pierden en la noche de los tiempos, pero á la vez se pierde definitivamente la Atlántida clásica, aquella Atlántida completa y sin menoscabo, mágico puente para arbitrarias conexiones de la cultura europea y la civilización americana, Atlántida que queda arrancada más de raíz que con los terremotos y diluvios de la leyenda platónica.

Mas no son la Atlántida y la Merópida las únicas ficciones de la geografía poética y heroica de los griegos. Lo reducido del círculo de sus conocimientos positivos les hizo creer, en un principio, que Italia era un país de portentos, como aconteció siempre con todos aquellos cuyas noticias eran incompletas, y más allá se fueron colocando sucesivamente, entre las ondas procelosas del Océano, ya el delicioso jardín de las Hespéri-

des, ya las islas Afortunadas, ó de felicidad perpetua, ya los campos Elíseos, mansión eterna y deliciosa de los justos; siempre la fortuna y la dicha al lado del hombre, pero entre el goce y el deseo obstáculos temerosos que sólo pueden vencer las almas templadas en la virtud y en la firmeza. El progreso de las ideas filosóficas, mucho antes que la atenta y atrevida exploración de los mares, desterró muchas de estas sencillas fábulas, y muy pronto los Campos Elíseos, relegados más y más lejos cada vez, no se encontraban ni siquiera en el extremo Occidente, más allá del lugar donde el sol se oculta, porque el mismo Platón, en el diálogo en que pinta la muerte de Sócrates, pone en boca del gran filósofo, antes de beber la cicuta, un discurso en que explica á sus discípulos cómo los Campos Elíseos, es decir, la tierra de los bienaventurados, no está al nivel de la tierra de los demás hombres, sino que se ha elevado á las regiones etéreas. Al recibir las tradiciones de la antigüedad, las naciones cristianas no pudieron aceptar que ocupase la verdadera mansión de los justos lugar alguno en la tierra, pero teniendo que colocar algo en el extremo Occidente, porque el vacío es enemigo de nuestra imaginación, echaron mano del Paraíso Terrenal, desierto desde la caída del primer hombre, meta á que debía concurrir la universal aspiración á completar el rodeo de la tierra y que anunciaba el impulso de viva fe que llevó á Colón á la más alta empresa que registran los siglos.

Las ilusiones ópticas vinieron en ayuda de las creaciones de la fantasía para darles una apariencia de realidad demostrativa. Ya sabéis cómo las refracciones extraordinarias del aire llegan á producir en el horizonte imágenes de rocas, islas, pueblos y montañas, que desaparecen al acercarse á donde los fingió la engañada vista. Los habitantes de las Canarias primero, y después los de las Azores, no cesaban en el empeño de dirigir los ojos al fondo del Occidente con el mismo afán que los antiguos, y de cuando en cuando se dejaban seducir por esas ilusiones, corroboradas por las naves que se alejaban un poco de la costa y creían percibirlas cada vez con más claridad, pero siempre desvaneciéndose al acercarse á ellas ó huyendo á más y mayor distancia; origen de la creencia en islas que viajaban, como si fueran flotantes, ó por singular encantamiento desaparecían.

Llegó á ser tan arraigada la convicción de haber islas al O., casi al alcance de la mano, que no solamente se levantaban actas ante notario con objeto de hacer constar la prioridad en señalar su existencia, sino que se sacaron privilegios de descubrimiento, población y conquista, como si nada faltara para tomar posesión de ellas.

Dió ayuda á estas ficciones la devota leyenda originada en la vida de un célebre santo irlandés. En los primeros años de la Edad Media, un cenobita llamado Brandon, abad de su convento, encendido en santo celo por la propagación de la fe católica, emprendió largos viajes para convertir á los habitantes paganos de las islas inmediatas. Los viajes de este misionero á las islas Shetland y Feröe son, al parecer, auténticos; pero no se contentó la imaginación popular con que visitará islas reales y conocidas, donde siempre con el mejor éxito los hermanos de Brandon convertían á aquellos semisalvajes, fundaban monasterios y establecían la paz; sino que vistió las arriegadas y penosas expediciones del santo con traje de estupenda maravilla y milagrosa odisea, haciéndole navegar en bajeles de cuero á través de las embravecidas olas del Océano. San Brandon, con sus monjes, aportó en islas más ó menos grandes y singulares, y en cierta ocasión desembarcaron en una que se movía y marchaba resbalando sobre la superficie del agua á guisa de embarcación gigantesca; pero cuando para condimentar los alimentos encendieron fuego en lo que parecía suelo inerte, vieron que la tal isla no era sino una ballena dormida. De prodigio en prodigio llegaron los bienaventurados expedicionarios á la última y más distante, á aquella que parecía impenetrable, á la isla llamada de los Pájaros, en suma, el Paraíso Terrenal; pero aunque gustaron gozosos las delicias de la primera mansión del hombre, no fué concedido á aquellos monjes, por misterioso secreto, quedarse en ella, y volvieron á sus embarcaciones de cuero, regresando á Irlanda, en donde murieron contentos y en paz después de referir á sus hermanos tan extraordinarias aventuras. La leyenda adquirió tanta fuerza, que por mucho tiempo figuró en los mapas, como cosa averiguada y positiva, una isla de San Brandán, San Borondón ó San Balandrán, que no fué borrada hasta después del descubrimiento de América.

Algo menos famosa, pero no menos legendaria, fué la isla de las Siete Ciudades. Al tiempo de la invasión árabe en España, un obispo de Oporto, decían, con otros compañeros hasta siete, y gran número de fieles, huyendo de la furia sarracena, vinieron á dar con sus naves en cierta isla remotísima, donde cada uno fundó una ciudad episcopal, no sin el gastado y consabido incendio de los barcos para cortar toda tentación de regreso á la destrozada patria. La isla figuró también en los mapas hasta el siglo XVI, y cuando ya los grandes descubrimientos demostraron que no existía, la terquedad y apego á la autoridad de las tradiciones pudo más que la evidencia de los hechos, y los geógrafos transportaron entonces las Siete Ciudades á una comarca deliciosa de la América del Norte, á donde continuaron por mucho tiempo diversas expediciones en su busca.

La imaginación dió existencia á otras islas ó tierras que en vez de disiparse, como las anteriores, en la nada de donde nacieran, alcanzaron la fortuna de dar su nombre á tierras antes no conocidas, adquiriendo así una efectividad que sólo pudo darles el empeño en mantener como exacto y verídico lo aprendido en las escuelas sin fundamento sólido. Hacia el siglo XV, engañados los cosmógrafos por la longitud disminuída que concedían, siguiendo á Tolomeo, al grado del Ecuador, vinieron á convenir en que las costas de la India deberían hallarse en donde después se encontró la América, y dando el hecho por averiguado, dibujaron sin temor islas y tierras en el borde occidental del Mapa-Mundi, sin saber á punto fijo por qué. Tal vez recordando la antiporthmon de Aristóteles, ó sea tierra ulterior frente al estrecho, denominaron la grande isla de Occidente con el calificativo de Antilia, y así vino figurando en todos los mapas del tiempo hasta el descubrimiento de Colón. Entonces desaparece ese nombre por un siglo, pero después, los eruditos que querían ver en la antigüedad antecedentes de todo, aplicaron al gran archipiélago americano el nombre de la isla caprichosa, y por eso todas las que lo componen se llaman Antillas.

De igual modo se supuso que había en aquellos remotos mares otra isla donde se criara muy especialmente el precioso palo tintóreo de la India y de las islas de la Oceanía, llamado palo brasil. La isla fué viajando por cartas geográficas á manera de la

de Delos, á medida que los navegantes ocupaban su sitio presumido, hasta que al fin quedó consagrado su nombre en el inmenso territorio que cayó en suerte á los portugueses.

En suma, señores, os he traído trabajosamente al final de mi conferencia para venir á parar á una conclusión puramente negativa. La antigüedad clásica no tuvo directa ni indirectamente la más remota idea de la existencia de América; si en edades anteriores á la actual conformación de los continentes, si antes de toda civilización hubo medio de comunicarse Europa con las Indias occidentales, ningún leve rastro ni señal inductiva queda para demostrarlo, fuera de arbitrarias conjeturas; y cuanto la Edad Media llegó á hacer figurar en las cartas geográficas, producto fué de fantásticas leyendas ó del error acerca de las dimensiones de la tierra y de la posición de las costas orientales del Asia, único antecedente positivo que se puede señalar para la grandiosa aventura de Cristóbal Colón.

He dicho.











